



*Jean des Cars*

LA SAGA DE LOS  
**WINDSOR**

La pompa y el esplendor de una de las familias reales  
más emblemáticas de todos los tiempos



**AGUILAR**

# Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1. 1917. Jorge V, rey de Inglaterra, ya no es de origen alemán](#)

[Capítulo 2. 1918-1935. Jorge V o la unión nacional](#)

[Capítulo 3. Un extraño príncipe de Gales](#)

[Capítulo 4. Del 20 de enero al 10 de diciembre de 1936. Los trescientos veinticinco días de Eduardo VIII](#)

[Capítulo 5. 10 de diciembre de 1936. La abdicación, una tragedia y un trauma](#)

[Capítulo 6. 1937-1939. Windsor contra Windsor o los desafíos de Jorge VI](#)

[Capítulo 7. 1940-1945. Los Windsor en guerra](#)

[Capítulo 8. 1945-1952. El final del Imperio](#)

[Capítulo 9. 1952-1955. El aprendizaje de una reina](#)

[Capítulo 10. 1956-1965. El tiempo de las crisis](#)

[Capítulo 11. 1965-1997. Bodas, entierros, traiciones y... 'annus horribilis'](#)

[Capítulo 12. 1998-2011. Isabel II, ¿la serenidad a pesar de todo?](#)

[Genealogía](#)

[Fotografías](#)

[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

[Índice onomástico](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*Para Victoria, mi reina*

## Introducción

El 29 de abril de 2011, gracias a cien cámaras y quinientos técnicos de la BBC, dos mil millones de telespectadores de ciento ochenta países siguieron la boda del príncipe Guillermo de Gales, nieto de la reina Isabel II, con miss Catalina Middleton. Una audiencia cuatro veces mayor que la de la boda de Carlos y Diana en 1981. Según dijo el presidente Obama durante su visita oficial a Londres poco después, «la ceremonia fascinó a América».

Era difícil sustraerse al acontecimiento. Desde que se anunció la boda los medios acosaban a los novios y los internautas colgaban en la red toda clase de parodias. Ninguna de esas bromas —algunas muy atrevidas— fue censurada, lo cual demuestra que la monarquía no es incompatible con la democracia. Los republicanos, que son pocos, prometían protestar, y los *bookmakers*, según una muy arraigada tradición británica, cobraban sus apuestas... incluso para pronosticar quién sucedería en el trono a Isabel II, si su hijo Carlos o su nieto Guillermo, el popularísimo novio. Un rumor afirmaba que el 76 por ciento de los británicos creía que Guillermo sería mejor rey que su padre. Los sondeos, implacables para Carlos y muy halagadores para Guillermo, no llegaban sin embargo a considerar la posibilidad de que el heredero abdicase en favor de su hijo, ya que esto provocaría una crisis constitucional comparable a la que se vivió en 1936 cuando Eduardo VIII renunció a ser rey para casarse con una americana divorciada en dos ocasiones con el agravante de que sus dos ex maridos aún estaban vivos.

Pero de todos modos la cuestión se plantea, ya que la soberana, que sucedió a su padre Jorge VI en 1952, reina desde hace cincuenta y nueve años. Y hay una pregunta

subsidiaria: ¿Podrá Isabel II superar el récord de la reina Victoria? Ésta, que subió al trono en 1837 y murió en 1901 y fue además emperatriz de las Indias, reinó sesenta y cuatro años; una duración comparable a la del reinado del emperador Francisco José, el monarca Habsburgo que reinó sesenta y ocho años; sin olvidar a Luis XIV de Francia, campeón occidental absoluto con un reinado que duró setenta y dos años.

Aquel 29 de abril de 2011 Isabel II, con vestido, sombrero y guantes de color amarillo canario, exhibía a sus 85 años una sonrisa de oreja a oreja. Estaba visiblemente satisfecha y además lo demostraba, lo cual es rarísimo. Su Majestad, por una vez muy graciosa como afirma el *God save the Queen*, podía saborear la prueba de que la monarquía había recuperado un prestigio que se había visto mermado de gravedad tras la muerte globalizada, el 31 de agosto de 1997, de su ex nuera, la mítica e incómoda Diana. Había hecho falta tiempo para reconquistar el respeto del pueblo tras la oleada de descontento desatada por una opinión pública profundamente contrariada por la aparente indiferencia de la soberana. La reina no comprendió que aquella muerte brutal —misteriosa para muchos— había convertido a Diana en un icono universal. La princesa había sido «sacrificada», el pueblo estaba «destrozado» y la soberana se mostraba «ajena a un intenso dolor». La gente había llegado a la conclusión de que la reina, obligada a no manifestar jamás sus sentimientos ni sus emociones en público, no tenía corazón ni era capaz de sentir piedad. Esos Windsor parecían impermeables a la emoción.

Más tarde la impresionante película *The Queen* (La reina), de Stephen Frears, mostró cómo el colosal homenaje del pueblo había obligado a la reina a salir de su aislamiento afectivo gracias a los consejos apremiantes de su primer ministro Tony Blair. Al dolor popular se contraponía la frialdad real. El prestigio de Isabel II se vio empañado. Se llegó incluso a pensar que la monarquía estaba amenazada... a causa de un gigantesco malentendido. Luego el príncipe Carlos, que había rehecho su vida, se mostró como un pa-

dre solícito y se ocupó de sus dos hijos huérfanos de madre. Recuperó la estima del público, lo cual contribuyó a mejorar la imagen de los Windsor.

¿Por qué aquel enlace del 29 de abril de 2011 (llamada de forma abusiva «la boda del siglo») suscitó tanto interés, tantas pasiones, tantas discusiones, y provocó toda clase de reacciones empezando por un cariño espectacular del pueblo hacia la familia real, y por lo tanto hacia la monarquía que ésta encarna? ¿Por qué la boda de una pareja moderna —los futuros esposos, cuyo romance había sido revelado por *The Sun* en 2004, se conocían bien, ya habían vivido rupturas y crisis en medio de los fastos de un reino que pasaba a su vez por diversas turbulencias económicas—, entre un idilio romántico y un espectáculo perfectamente orquestado, provocó tantos sueños? Porque esa boda era la ocasión ideal para la monarquía de escenificar una de esas representaciones que sólo ella puede ofrecer. Sin duda también porque al contrario que la unión de conveniencia entre Carlos y Diana, el público presintió que esta vez se trataba de una boda por amor que devolvía a la Corona su parte de ilusión. Esa boda representa la unión entre la casa de Windsor y la familia Middleton, los primeros «plebeyos» que merecen tal honor en trescientos cincuenta años. Y eso significa que hoy los herederos de las coronas al casarse buscan el amor y no el interés dinástico, diplomático o político, como solía ser hasta principios del siglo XX. Si está en juego el amor, la opinión es por tanto de una exigencia mayor y cualquier ruptura es más dramática que antes de 1914. En el transcurso de la década de 1990 la ruptura matrimonial de los tres hijos de Isabel II causó graves perjuicios a la notoriedad de los Windsor, comparables (en intensidad, aunque no en sus consecuencias) a la conmoción que provocó Eduardo VIII cuando abdicó en 1936 para casarse con Wallis ex Simpson. Después de sólo nueve meses de reinado el primogénito de Jorge V renunció a todos sus derechos. Le adjudicaron un nombre que era como una especie de síntesis británica: duque de Windsor. Fue el pri-

mero en llevar ese título, y sin duda será el único, pues su vida se vio rodeada de elementos novelescos, qué duda cabe, pero también de escándalos, de componendas y hasta de traiciones antes y durante la Segunda Guerra Mundial. La enigmática duquesa de Windsor jamás tuvo derecho al tratamiento de Alteza Real, una humillación que le costó mucho aceptar.

La esencia de la realeza es su duración. Pero la longevidad, aunque respetable e impresionante, también es una trampa. «Para que todo cambie es preciso que nada cambie», escribía el príncipe de Lampedusa, el autor de *Gattopardo*. En la primavera de 2011 los Windsor debían cambiar sin hacer destrozos. Sobre todo no debían desaprovechar ese encuentro entre su secular razón de ser y el orgullo nacional. Fue tanto más esencial cuanto que paradójicamente la importancia que se concede a las bodas reales (cobertura mediática obliga) ha aumentado paralelamente al declive del poder efectivo de la monarquía. La imagen compite por no decir que ha sustituido al poder objetivo. Es una influencia inmediata difícil de controlar. Hace soñar, sí, pero puede trocarse en pesadilla.

En vísperas de la boda de Guillermo y Catalina todos los sondeos confirmaban el apego de los británicos (más del 76 por ciento) a la Corona, porque contribuye a la unidad del país y da de él una buena imagen, sobre todo en el extranjero. Incluso *The Guardian*, el diario de centroizquierda y de referencia fundado en 1821, mientras que constataba que la monarquía seguía siendo intocable en el corazón de la gente, resumía el sentimiento y decía que «Reino Unido no está por la revolución». La única revolución que tuvo éxito se remontaba a más de tres siglos y medio. Fue el intento republicano de Oliver Cromwell sobre un fondo de guerra civil que acabó con la ejecución del rey Carlos I el 30 de enero de 1649. Desde entonces al otro lado del canal de la Mancha se han conformado con cambiar de dinastía.

En esa primavera de 2011 la familia real, llamada «la firma» por envidia o en son de mofa, ya no tenía derecho a equivocarse. No era una coronación, y por lo tanto no era

una celebración de Estado, sino una ceremonia por así decir «familiar» a escala planetaria bajo la protección vigilante de cinco mil policías y soldados y la atención indiscreta de miles de periodistas. Por consiguiente se esperaba mucho del acontecimiento. Ciertos aguafiestas, siempre los mismos, y entre ellos algunos corresponsales y unos cuantos enviados especiales al acecho de fracasos y catástrofes, denunciaban sarcásticos una puesta en escena escandalosa, mientras el fervor nacional, en todos los sectores de la sociedad, era entusiasta y se obstinaba en serlo. Es más, la gente estaba empeñada en mostrarse satisfecha.

Fue majestuoso, imponente, con el indispensable detalle humano y de humor *british* para que decenas de millones de sonrisas acompañasen las cinco horas de festividades públicas. Algunos vieron en el apellido de soltera de Catalina (a quien le gustaría que recordasen que su verdadero nombre de pila se escribe con C...) un signo de equilibrio. Nacida Middleton, es la muchacha del «término medio», ni demasiado guapa ni demasiado exuberante ni demasiado brillante, pero simpática, sana y espontánea. Tiene el don de hacer lo correcto en el lugar adecuado y en el momento oportuno.

En la ceremonia de la boda del príncipe Guillermo con la bonita Catalina no hubo el más mínimo tropiezo. Todo salió a pedir de boca. Ni el más mínimo retraso sobre el horario previsto por el protocolo (en su boda con Felipe en 1947 Isabel, todavía princesa heredera, llegó un minuto tarde). A la llegada del primer ministro David Cameron y su esposa a la abadía de Westminster el jefe de gobierno fue aplaudido. Esto sorprendió sobre todo porque el inquilino del número nº 10 de Downing Street acababa de anunciar severísimas restricciones presupuestarias y una cura de austeridad difícil de soportar. Pero ¡ese 29 de abril la crisis no estaba invitada a la boda! La jornada era un paréntesis que ninguna hada malvada vendría a estropear. Otras noticias negativas y otros escándalos político-mediáticos serían revelados días más tarde.



No hay boda real sin carroza. A la salida de Westminster, la carroza iba descubierta, pues el cielo se mostró clemente. Ese 29 de abril la monarquía supo combinar la tradición con la innovación: ante un millón y medio de personas reunidas delante de Buckingham Palace, al llegar al balcón engalanado de rojo y oro, la novia, radiante, murmuró *waow!*, a menos que fuera un más protocolario *oh my God!* —no se sabe a ciencia cierta—, pero se sintió deslumbrada y sin duda agradecida ante semejante entusiasmo popular. Los novios intercambiaron dos besos, el segundo de los cuales, muy amoroso, a las 13.27 hora local. ¿Dijo Guillermo *Kiss me, Kate*, título de una famosa canción de comedia musical? Aquel beso provocó una oleada de bravos y hurras, y es una de las imágenes que conservará la historia. Ocupó las portadas de muchos periódicos. Más de seiscientos mil personas habían acudido, algunas de muy lejos, para vivir ese momento en la plaza. Después, como innovación, la pareja se fue en un magnífico Aston Martin descapotable propiedad del príncipe Carlos (no era exactamente el de James Bond, pero casi), con una placa de matrícula trasera donde sólo se leía *Just wed* («recién casados») y sin el habitual estruendo de cacerolas atadas al parachoques, sino en medio de una suelta de globos rosas, algunos en forma de corazón. Al pueblo le encantó, se identificó, vio en ello sus propios recuerdos, sus sueños y sus nostalgias. Un entreacto en las preocupaciones del día a día. Todo fue impecable, simpático, sin errores, solemne pero sin rigidez, algo que no estaba garantizado de antemano. Un cóctel juicioso como saben prepararlos al otro lado del canal. Y los comentaristas que afirmaban que dos tercios de los británicos eran indiferentes a la ceremonia quedaron desmentidos. Guillermo y Catalina, en adelante llamados el duque y la duquesa de Cambridge, un título que se remonta al siglo XVII, han aprobado su primer examen de pareja ante el público. ¡Y qué público! Sin duda el hecho de que Catalina, graciosa y sencilla, elegante y risueña, sea una británica sin ascendencia aristocrática es parte esencial del éxito. Lo complicado

obviamente queda por hacer. Lo más difícil será llevar una vida tan sencilla como sea posible.

Como era de esperar el recuerdo de Diana no estuvo ausente, ya que había sido la esposa del príncipe Carlos y por lo tanto la madre del novio. Su sombra estuvo presente en la memoria de todos los asistentes. Era imposible olvidar las desdichas de la «princesa de corazones», como la llamó Tony Blair, el primer ministro en el momento del drama, su muerte trágica y el dolor de sus hijos tan jóvenes. Se comparó el vestido de Catalina, muy depurado y sobrio, muy ajustado al cuerpo, con el que lució la difunta Diana. La cola del vestido de Catalina era más corta (2,70 metros) que la de Diana, que era interminable. Recordaba un poco la de Grace Kelly cuando se convirtió en princesa de Mónaco en 1956. El encaje fue bordado en Caudry, en el norte de Francia, un pequeño guiño a un siglo largo de *entente cordiale*. Al día siguiente a los *tullistes* de Caudry empezaron a lloverles los pedidos de encajes de alta gama y gracias a Internet en pocas horas estaban disponibles al precio de 2.700 euros las copias del vestido que hasta entonces había sido un secreto de Estado. ¡Una ganga comparada con los 45.000 euros del original! Sin duda no habrá copias de la diadema que lució Kate. Prestada por la reina fue diseñada en 1936 por Cartier. Jorge VI se la regaló a su esposa Isabel, futura reina madre, y esa joya fue transmitida a su hija el día en que cumplió 18 años. Que Kate la llevara era la demostración de que la soberana aprobaba esa unión.

En cuanto al espectáculo popular y mediático, una boda como ésta sólo es un éxito si reserva alguna sorpresa bien preparada y de buen gusto. La aparición de Pippa, guapísima hermana menor y dama de honor de la novia, fue un buen golpe. Su belleza representó una muy seria competencia para Kate. Que un soldado, agotado, se desmayase forma parte de la tradición, aunque ese desmayo no sea nada glorioso. Pero que un futbolista ose llevar una condecoración en un chaqué y encima en la solapa derecha (!) es imperdonable. ¿No había nadie en el protocolo para impedir esa metedura de pata? En su descargo podemos decir

que David Beckham es un deportista poco familiarizado con los usos cortesanos. Pero de todas formas merece una tarjeta roja.

Hacía falta una pizca de originalidad. Se encargó de ello Elton John, que asistió con su marido. Entonces la gente se preguntó por qué la estrella de la canción no se había puesto un vestido. No importa. En cualquier caso, ¡fue so *british!* La palma del mal gusto se la llevó sin duda el tocado de las dos hijas del príncipe Andrés. El sombrero surrealista que llevaba Beatriz de York parecía una mezcla de trofeo de caza y chimenea. Afortunadamente fue puesto a subasta en *e-bay* y, según *The Daily Telegraph*, la suma obtenida —93.579 euros— fue a parar a una asociación benéfica... Lo verdaderamente asombroso del programa fue la transformación sin precedentes de una parte de Buckingham Palace en discoteca para trescientos invitados, con una bola de luces reclamada por Pippa y un DJ contratado por Enrique, el hermano de Guillermo. Se bailó hasta el amanecer. Hubo que servir litros de café muy concentrado para despejar a los supervivientes a la hora del *breakfast*.

Se quiera o no la vieja monarquía, que ha visto tantas cosas, se ha rejuvenecido, se ha regenerado, se ha humanizado. Inevitablemente se criticó el coste de los festejos, pero la impresión habría resultado desastrosa si la ceremonia hubiese sido pobretona, y la familia de Kate tuvo el detalle de pagar las facturas del hotel y el restaurante. Los uniformes, los señores elegantes, a la moda de Saville Row, la calle de los grandes sastres londinenses, los inverosímiles *bibis* como únicamente en la corte de Saint James (su nombre oficial) es costumbre que lleven las mujeres, todo aquel fasto ¿no estaba acaso fuera de lugar? Por supuesto que no. Hay que saber que aunque la lista civil de la Corona pueda parecerle elevada para el contribuyente británico, la monarquía es un gran negocio para la economía de Reino Unido: proporciona más de 500 millones de euros anuales. Los turistas (cerca de 30 millones al año) son atraídos por el espectáculo, en particular el espectáculo inmutable del relevo de la guardia de Buckingham Palace y los desfiles a caballo.

Cabe señalar además que, contrariamente a una idea muy extendida, esos soldados con su casaca roja y su gorro de pelo de oso como los Royal Scots no son figurantes de opereta, sino verdaderos combatientes cuyos regimientos tienen, por turno, el honor de asegurar el servicio de orden del soberano, cuando no están participando en guerras lejanas, por ejemplo en Afganistán.

Digámoslo con claridad: la elección de un presidente de la República también es cara, pero compensa menos desde el punto de vista estrictamente económico. El general de Gaulle, que confirió al cargo presidencial un prestigio digno de la realeza, gustaba de señalar una paradoja: los franceses guillotinaron a su rey, pero les encantan tanto los príncipes que van a buscarlos al extranjero y quieren recibirlos dignamente. Un diputado laborista, Tristram Hunt, también historiador, declaró en el *Figaro*: «El mundo ha podido admirar a una Gran Bretaña orgullosa de sus instituciones y de su pasado. Nadie domina como los británicos el esplendor y las tradiciones de este tipo de bodas». Sólo podemos objetar que el día de fiesta concedido a los súbditos de Su Majestad (cierre de fábricas, oficinas y comercios) afectó el crecimiento del segundo trimestre, pero sería injusto y estúpido echarle la culpa a la joven pareja. La fiesta fue perfecta, y esto es lo que cuenta.

Si la cobertura mediática fue tan amplia, siendo el príncipe Guillermo nada más que el segundo en la lista de sucesión al trono, y por lo tanto el heredero del heredero, también es porque la reina Isabel II sigue siendo el jefe de Estado de dieciséis países de los cincuenta y tres que componen la Commonwealth, algunos inmensos, como Canadá y Australia, otros más reducidos, como Nueva Zelanda, Lesotho, Brunéi o las Bermudas, Su Majestad está representada por gobernadores o por gobernadores generales[1]. Aunque el Imperio Británico haya sido sustituido por la Commonwealth Británica de Naciones, aunque la época de los dominios autónomos, que tan próximos se mantuvieron a la Gran Bretaña durante las dos guerras mundiales, se acabara después de 1945 todavía hay colonias. Gibraltar es en

este sentido emblemático. ¡Desde 1704! El sol no se pone en los territorios donde la influencia británica ha dejado su huella inimitable, más o menos visible, lejos de Londres, aunque sólo sea por su lengua y su conducción por la izquierda. Y si ninguno de estos países ha decidido por ahora enviar esa influencia al museo de la Historia, es porque la monarquía aporta moralmente mucho al pueblo. Con los fallecimientos, las bodas, las coronaciones y las entronizaciones que se van sucediendo, los monarcas ostentan un prestigio mágico que vale tanto como el poder político: garantizan la unidad de su pueblo. Es la fuerza de los símbolos. Como contrapartida los *royals*, como se les conoce en el país de Albión, tienen que ser ejemplares, irreprochables, no escandalizar ni decepcionar. De lo contrario la sanción es la picota mediática: sabido es con qué diligencia los temibles tabloides de gran tirada venden sus informaciones y sus juicios en portada. Tienen una facilidad notable para los titulares. Esa prensa que asume riesgos es implacable, a veces a sus expensas, y sus métodos no siempre son recomendables. Lo hemos visto recientemente con los periódicos del grupo Murdoch.

En la boda de Guillermo y Kate, el más inspirado, el más divertido y el más insolente de todos los comentaristas francófonos en las cadenas de televisión francesas fue Karl Lagerfeld. Con impertinencia y exactitud, pero también con afán de veracidad histórica, recordó, con su acento germánico del que tanto jugo sacan los imitadores, que los Windsor, esa familia que encarna a la perfección al Reino Unido en sus alegrías y sus desdichas, no son de origen inglés, ni galés, ni escocés, ni siquiera irlandés, sino... alemán. Y esto no es nuevo. En efecto, tras las dinastías normandas de los Plantagenet, Lancaster, York, Tudor y Estuardo, en 1714, con el rey Jorge I accedió al trono la casa de Hannover. Luego, en 1840, la boda de la joven Victoria con el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha refrescó la parentela germánica de la monarquía inglesa.

Sajonia-Coburgo-Gotha es un patronímico difícil de llevar y de hacer aceptar cuando estalla la Primera Guerra Mun-

dial y Reino Unido lucha contra el imperio del káiser. Además, la guerra también es un conflicto familiar, ya que Guillermo II es por su madre nieto de la legendaria reina Victoria. Había que hacer algo para disipar las sospechas de simpatía germánica y despejar cualquier ambigüedad. Cambiar de nombre sin cambiar de familia fue el truco ideado por el rey Jorge V. Se imponía un nombre, uno solo: Windsor, el de un extraordinario castillo al sur de Londres, en la orilla derecha del Támesis, ni demasiado cerca ni demasiado lejos. ¿Por qué Windsor? Porque desde hace diez siglos es sinónimo de Inglaterra con una historia particularmente compleja. Windsor es la mayor fortaleza del mundo que sigue estando habitada y la única de las Islas Británicas que jamás ha dejado de estarlo. Con sus ochocientas habitaciones, de las que doscientas veinticinco son dormitorios, más ciento cincuenta y una escaleras y pasillos, por no hablar de sus tesoros, Windsor engloba, resume, reconstruye y escenifica toda la historia de Inglaterra desde Guillermo el Conquistador. A finales del siglo XVI, el teatro de Shakespeare lo usó como escenario prestigioso; luego hacia 1599 el nombre de Windsor se hizo inesperadamente famoso merced a la comedia *Las alegres comadres de Windsor*. El protagonista, sir John Falstaff, que encontramos en otras obras y tragedias shakesperianas, es un personaje bufo que esta vez se enamora de dos burguesas. Burlado por estas dos mujeres, también es hostigado en el bosque de Windsor por la población, que apoya a las comadres, todo ello en un ambiente a la vez cómico y de cuento de hadas.

En la noche de ese 29 de abril de 2011, como las comadres ya no tenían nada que decir, la reina se fue a descansar a Windsor, su residencia favorita. Le gusta pasar esa época del año en Windsor, y también el mes de junio, para asistir a las carreras de Ascot, el hipódromo de las elegancias, no lejos de allí. Cuando la reina reside en Windsor a título oficial o privado su pabellón es izado en el antiguo torreón macizo, en lugar de la *Union Jack* de Reino Unido. Allí Isabel II recupera el silencio que imponen varios siglos

de historia. Ella es la cuadragésima segunda monarca británica, y treinta y nueve reyes antes que ella han habitado con regularidad ese castillo. En Windsor es donde late el corazón de la monarquía inglesa.